

delicados, el pueblo y sobre todo los progresistas siguieron aun por algún tiempo con sus lisonjas y muestras de afecto. En la Plaza de Toros vitoreaban siempre á S. M., y hasta hubo un día en que llevaron un enorme abanico, donde se leía en letras grandes por un lado «Viva la Reina» y «Constitucional», por el otro. Este entusiasmo dinástico no fué siempre inocente. En la noche que se siguió á la exhibición del abanico en la corrida de toros, se cuenta que algunos de aquellos liberales, tan entusiastas de la régia majestad, cuando se cifraba como entonces en una dama de alegre aspecto, viva y penetrante mirada y luminosa y risueña sonrisa, no gustando, por lo que se vió, de que nadie se entusiasmase por la misma majestad régia, cuando se cifraba en un hombre, y habiendo encontrado, en la Plazuela de Matute, á un pobre escarolero, que habia sido realista, esto es, que habia tenido el mismo entusiasmo por el padre que por la hija ellos, le molieron tan sin compasión á garrotazos, que murió en un hospital á las dos horas.

Queda, pues, consignado que hubo por aquel tiempo de parte de los progresistas un frenético dinastismo; pero, por desgracia ó por ventura, los progresistas se convencieron pronto de que no les daban el poder, y el dinastismo feneció con la esperanza.

Hubo un momento, no obstante, en que esta esperanza de los progresistas casi se tuvo por realizada, fundándose en la separación del régio matrimonio. Corrió la voz de que la Reina, cansada ya del constante empeño que ponía el ministerio puritano en reconciliarla con su marido, le habia exonerado, nombrando á un ministerio progresista, del cual formaba importantísima parte el general Serrano, como ministro de la Guerra. Decíase además que Mendizabal era ministro de Hacienda, y que Espartero volvía á España á sentarse en el Senado, en el pleno goce de todos sus títulos y honores.

Lo único que habia de verdad en esto era la desavenencia conyugal, á la que en balde Salamanca, despues de los infructuosos trabajos de Benavides, trató de poner término. El Rey presentaba tales condiciones, que no solo á la Reina, sino al país mismo, á no faltar á sus leyes fundamentales, hubiera sido imposible aceptarlas. La cuestion doméstica hubo de tomar así el carácter y la magnitud de una cuestion política de las mas graves. El consorte de la Reina, solo rey titular, aspiraba á ser verdadero rey.

Su desavenencia con la Reina hacia sumamente difícil la situacion del ministerio, ocupado de continuo en desbaratar intrigas que de una parte y de otra se forjaban, y en que intervenian á veces, complicándolas, otras personas de la familia real. El infante don Francisco de Paula, movido de muy buen deseo, quiso poner en paz á los augustos esposos y no pudo; y, sin que acertemos á decir cómo, engolfado ya el infante en estos tratos y negociaciones diplomáticas, se hizo amigo de los progresistas y hasta preparó un ministerio de hombres de este partido. Como el infante vivía en el real palacio y tenia fácil entrada en las habitaciones de Su Majestad, aguardaba la ocasion propicia para convencer á la Reina de que se desprendiese de Pacheco y nombrase como ministros á sus nuevos amigos. Pacheco, no obstante, supo á tiempo esta intriga, la cual no tuvo mas resultado que el de obligar á don Francisco de Paula á abandonar el real palacio con su familia y servidumbre é irse á vivir en el de San Juan del Retiro. Se ve, pues, que los progresistas se valian de todos los medios para alcanzar el poder: ya de motines y pronunciamientos, ya de palaciegas intrigas.

Entre tanto al partido ultra-conservador le habia dado por mostrarse muy melancólico de las desavenencias que ocurrían en palacio, acusando á los puritanos de inmorales y de poco cuidadosos de la buena fama y crédito de que debían gozar ciertas personas. Pidal era de los mas enojados, si bien queria buscar para tanto mal remedios prudentes y hasta suaves; pero otros personajes, mas vivos de genio y mas belicosos, se dice que querían buscar al general Serrano y provocarle á un duelo á fin de desembarazar á España del que llamaban *causador de nuestras desgracias*. Los escandalizados conservadores de Madrid trataron de concertarse de nuevo con Narvaez, quien se hallaba en la capital de Francia, y este á

su vez volvió á ponerse bien con la Reina madre doña María Cristina, con la cual, durante algún tiempo, habian estado muy entibiadas sus relaciones amistosas. El general Narvaez, imitando á Scipion, cuando dejaba de ser ministro, acusaba de ingrata á la patria, y, si no la amenazaba con que no poseería sus huesos, la amenazaba con no volver á ser ministro, como si la patria no fuese merecedora de tanta felicidad y de tanta honra. Por dicha, este propósito no era firme. Narvaez se dejó ablandar por los ruegos de Pidal y de otros amigos y les escribió al cabo que, á pesar de haber jurado no volver á ser ministro, lo seria cuando se lo rogasen. Ponia, sin embargo, una singular condicion para volver al poder. Aseguraba que en España no se podia gobernar con blandura, sino á palos, y pedia *carta blanca para empuñar el garrote y pegar firme*.

El partido ultra-conservador, vulgarmente llamado moderado, ha sido siempre en la oposicion el mas impaciente por volver al poder y el mas terrible en el empleo de la difamacion, de los denuestos y de las injurias contra sus encumbrados adversarios. Difícil es imaginar mayor estímulo de acusaciones que las que se lanzaron contra Pacheco y contra sus compañeros.

Fruto de estos ataques continuados fué el descrédito del gabinete; el deseo que empezaron á tener muchos de que cayese y la esperanza de su pronta caída. Esta esperanza la completaban los moderados dando por cierto que iban á volver al poder con Narvaez á la cabeza, y tambien no pocos progresistas la completaban creyendo que iba á formarse un ministerio de prohombres de su parcialidad bajo la presidencia del general Serrano.

Hay en toda esta parte de la historia del reinado de Isabel II tal cúmulo de intrigas y de sucesos de entre bastidores, que el historiador de una historia general de España no puede referirlas menudamente. Es mas: algunos de los lances y sucesos que se cuentan tienen carácter tan extraño que rayan á menudo en lo grotesco y en lo absurdo, y mas bien parecen, no cosas reales, sino habillitas desatinadas de vulgo reunido en una taberna. Lo inverosímil, no obstante, no siempre es falso: lo verdadero á veces es inverosímil; pero, á fin de justificar que es verdadero, seria menester exhibir documentos fehacientes de carácter privado é íntimo ó bien acudir á la correspondencia diplomática de los representantes en España de países extranjeros; y, aun así, es muy de dudar que en la correspondencia oficial, ni aun en la mas reservada, quede ni rastro de ciertas cosas.

Creer muchos, por ejemplo, y lo confirma el señor Bermejo en su *Estafeta de Palacio*, que el ministro inglés Bulwer, excitado á ello por su gobierno, que queria que volviesen al poder en España los progresistas, intervenia en todas las intrigas de entonces y que él fué quien indujo al infante don Francisco de Paula para que predispusiese á la Reina en favor del partido del progreso. El mal éxito que tuvo Bulwer en este asunto, dicen que le desacreditó cerca de su gobierno, y que este trató de quitarle y enviar nuevo ministro á Madrid. Pensando en hacer el tal nombramiento y envío, cuenta Bermejo algo de muy cómico, sin ningun documento en que se apoye, y que mas bien que historia, parece sacado de una absurda novela: cuenta, pues, que lord Palmerston quiso enviar á Madrid un nuevo ministro rodeado de secretarios y agregados *jóvenes todos de buen parecer y que pudieran brillar por su donaire y otras prendas atractivas*; pero que en cambio lord Russell queria que viniese á Madrid un ministro que fuese la propia gravedad y compostura, casado y con hijas muy virtuosas, sin duda para que nos morigerasen y purificasen hasta donde fuera posible. Si en cualquiera de estos dos disparates se pensó, que lo dudamos, lo cierto es que no se realizó ninguno de ellos, y que Bulwer siguió siendo ministro de Inglaterra.

Empeñado por aquel tiempo, en que hubiese un ministerio progresista, y autorizado para todo por las personas que podían autorizarle, se cuenta que fué á ver á don Manuel Cortina y quiso hacerle aceptar el cargo de ministro en un ministerio presidido por el general Serrano. Acompañaron á Bulwer en esta ocasion varios personajes del partido del pro-

greso, y dicen que Cortina se negó á todo exclamando:—«Jamas entraré en un ministerio presidido por un favorito.» El haber rechazado Cortina la cartera posible ó probable, con que se le brindaba, no prueba que todos los progresistas fuesen tan difíciles y severos como él. Si entonces el general Serrano hubiera querido ó hubiera podido formar ministerio bajo su presidencia, no le hubieran faltado personajes de aquel partido para secundarle y acompañarle.

¿Qué le podia importar entonces al gobierno inglés que fuesen moderados ó progresistas los que mandasen en España? O las razones que tenia eran tan delgadas, oscuras y profundas, que no alcanza á descubririrlas y comprenderlas nuestro corto entendimiento, poco avezado á los negocios políticos, por lo cual afirman graves personajes que la historia, si ha de estar bien escrita, ha de estar escrita por hombres muy curtidos en los negocios y que hayan ocupado ya los primeros puestos, ó bien el amor de Inglaterra á los progresistas y su empeño en que mandasen en España, no tenia el menor fundamento racional y era un mero capricho, á lo cual nos inclinamos nosotros que vemos las cosas harto someramente sin duda. Creemos además que los ingleses, mas aun que los franceses, sin exceptuar á los mas eminentes hombres de Estado, se forman casi siempre un concepto enmarañado, confuso y falso, de nuestros hombres y de nuestras cosas, y en virtud de este concepto y de alguna caprichosa pasion ó entusiasmo obran luego. Tal vez el gobierno de la Gran Bretaña estaba enojado aun por la boda de la infanta con el duque de Montpensier; tal vez estaba sobrecitado por las quejas de súbditos de su Reina, que eran nuestros acreedores; tal vez creia harto equivocadamente que los progresistas iban á ser en el poder mas partidarios del libre cambio que los conservadores; y tal vez que iban á ser tambien mas libre-cultistas ó por lo menos mas amigos de la tolerancia, juzgando posible que en España haya en el siglo presente alguien que tenga la paciencia de oír á un propagador inglés del protestantismo ni la extraña predisposicion para convertirse á su secta sin interés ni soborno. En suma, no se comprende qué miras se llevaria el gobierno inglés para proteger con tanto empeño á los progresistas ni mucho menos cuando entonces protegía y amparaba tambien al hijo de don Carlos.

Pasaba todo esto en el verano de 1847. La Reina estaba en la Granja. El Rey consorte, sin deponer el enojo, vivía en el Pardo, retraído. Pensó entonces salir de aquel retiro, volver á Madrid y ocupar el palacio real, durante la ausencia de la Reina. A esta determinacion del Rey se opuso el ministerio, pero el Rey, que tenia resuelto venir á Madrid, vino un día por la mañana, si bien se apeó en el palacio de San Juan, donde residía su familia y se volvió al Pardo por la tarde. En suma, al Rey consorte le prohibieron los ministros, de orden de S. M., que reina y todo era su mujer legítima, que volviese á su casa, que era el real palacio, mientras que la Reina estuviese ausente en la Granja. Todo esto dió pábulo á las mas feas murmuraciones, á burlas y á insultantes pasquines.

La Reina, entre tanto, permanecia en la Granja, donde á lo que parece la rodeaban con mas frecuencia el ministro de Hacienda Salamanca, los generales Serrano y Ros de Olano y el ministro inglés Bulwer, que estaban muy estrechamente unidos con lazos de amistad. El temor de que Serrano y Salamanca, influidos por Bulwer, acabasen por dar el poder á los progresistas, el cansancio y el hastío de tantas intrigas y tal vez además algo de tardío arrepentimiento de deber á ellas un poder tan inconsistente y espinoso, hubo de disgustar del poder á algunos de los ministros y muy singularmente á don Nicomedes Pastor Diaz, poético y soñador por carácter y poco inclinado á deleitarse con la parte festiva, jocosa y regocijada que tenia la situacion. Ello es que Pastor Diaz declaró terminantemente á Pacheco su repugnancia á continuar de ministro, y aun dió tales razones en que fundar su repugnancia que logró hacer partícipe de ella al mismo Pacheco. Benavides tambien, cansado de parlamentar en balde y sintiendo demasiado el peso del gobierno, cuando vió á Pacheco y á Pastor Diaz inclinados á retirarse, quiso seguirlos; pero ni Salamanca ni Bahamonde eran de la misma opinion, y no por la mezquina y vulgar codicia de conservar sus puestos,

sino porque á ambos alucinaba la esperanza de realizar en ellos grandes cosas, si el tiempo no les faltaba.

Pacheco, Pastor Diaz y Benavides, si bien se avinieron aun á continuar en el poder hasta por la necesidad en que se veían de no dejarle abandonado ó de no entregarle á los progresistas, haciendo traicion al partido á que ellos pertenecían, pues eran conservadores, tenían resuelta su salida del ministerio en plazo mas ó menos breve. Se asegura que ya entonces concibió Salamanca el deseo y la bastante fundada esperanza de ser él mismo presidente del Consejo.

Los progresistas, ora se confiaban en que por medio de Serrano y de Bulwer iban á tener el poder, y entonces eran dinásticos, ora desconfiaban de todo y volvían al anti-dinastismo. En medio de esto, y algun valor tiene nuestro parecer, porque no le debemos favor alguno, ni apenas la vimos ni la adulamos cuando era reina, la figura mas simpática en aquella ocasion, mirada desde este momento en que ahora estamos, sin que pueda impulsarnos interés ni pasion alguna, es la de la Reina misma. Ella, sin propósito alguno interesado y movida solo de su generosidad y buen corazon, deseaba el bien de todos cuantos la rodeaban y procuraba asimismo reconciliarse con su marido á fin de evitar disgustos domésticos. Todos, en cambio y en pago, ponían la mira en propósitos de ambicion, si es lícito juzgar por las apariencias, ya que no es fácil ni tal vez prudente, y si muy sujeto á caer en graves errores, entrar en las intenciones y mas secretos sentimientos de los hombres. El Rey se allanaba á reconciliarse, pero imponiendo condiciones difíciles de aceptar, unas por vejatorias, otras por desmedidamente ambiciosas. Los progresistas halagaban ó insultaban, ya con alternativas, ya simultáneamente, á la Reina, llevados por su impaciencia de mandar. Y Salamanca, por su parte, movido por el amor propio, y temeroso de perder, si caía desairadamente del ministerio de Hacienda, su crédito, no solo como ministro, sino tambien como banquero, desplegabá toda su febril, aunque algo desatentada actividad, y todas las demás prendas de su ingenio y carácter, así para conservar el ministerio, como para ponerse al frente de un gabinete y dirigir la política de España, donde soñaba él con hacer cosas tan atrevidas y estupendas que le diesen inmortal renombre, eclipsando la gloria de Mendizabal. Los menos interesados acaso, aunque el temor de comprometerse mas, y el ansia de reposo y de evitar peligros y disgustos tienen tambien no poco de egoistas, eran Pacheco y Pastor Diaz, los cuales, prevaleciendo ya en ellos la antigua condicion de conservadores, se volvieron de la misma opinion que Pidal y otros prohombres de dicho partido, poniendo toda su esperanza en Narvaez y pidiéndole que viniese desde Paris á rehacer el partido conservador, á encargarse del mando y á poner orden en todo.

Narvaez, si es que deseaba venir y mandar, sabia lindamente disimularlo, mostrando ceder solo á la violencia de las súplicas.

Vino, por último, Narvaez; fué en seguida á ver á la Reina, y S. M. le encargó la formacion de un nuevo ministerio. Narvaez no aceptó desde luego, y dijo que tenia que estudiar de antemano el estado de las cosas á fin de trazar su programa é imponer sus condiciones. Hay quien añade que en aquella ocasion hubo de decir á un amigo íntimo que, si él habia de ser primer ministro, le habian de dar poder suficiente para fusilar al general Serrano y para arrojar á Bulwer de España. Se añade que, como el amigo con quien se espontaneaba, le preguntase qué haria de Salamanca, contestó las siguientes palabras, en las cuales hay algo que debe lisonjear á Salamanca, porque es el elogio de su ingenio, de su gracia y de su capacidad como capitalista, especulador ó banquero, y algo que en aquella ocasion mas que ahora debia ofenderle, porque era la declaracion de su corta importancia y trascendencia como hombre político. En suma, se refiere que dijo, hablando de él: «Ese no es pájaro de cuenta. *Es muy salao*; y aunque me ha hecho rabiar mucho, soy flaco, le quiero... pero no se lo diga V., porque en seguida me viene á proponer un negocio en el que vamos á dar á España muchos millones.» La verdad fué que entonces Narvaez se engañó, y Salamanca fué mas pájaro de cuenta de lo que él se imaginaba.



Narvaez, si no con pensamientos y planes, porque á fuerza de ser confusos y enmarañados no merecen tal nombre, con instintos elevados y patrióticos, se empleaba en organizar un ministerio de base muy ancha, esto es, que contuviese en sí todos los elementos del partido conservador, hasta sus últimos límites de liberalismo que tocan ya con el partido del progreso. Todos estos elementos habian de estar representados por los mas ilustres y autorizados personajes, con el fin de reorganizar así el gran partido. Pero la Reina se empeñó en que Salamanca habia de ser ministro de Hacienda. Narvaez no quiso, resignó su encargo y se despidió. La Reina entonces confió al mismo don José de Salamanca la formacion de un nuevo ministerio.

Effimeros fueron la vida de este y el triunfo del banquero político. No tuvo tiempo Salamanca para realizar ninguno de sus planes y dejar luminosamente señalada en las alturas del poder la huella de su paso. Solo mostró sus buenos deseos en algunos actos generosos; y, como por desgracia sucede casi siempre, las personas que cogieron el fruto de aquella generosidad fueron quienes la agradecieron menos. El ministerio Salamanca dió el 2 de setiembre una amnistía amplia y completa, permitiendo volver á España á cuantos emigrados lo solicitasen. Asimismo, y como para acabar de mostrarse superior á las rencillas y enconos que dividian á los partidos, nombró á Espartero senador del Reino.

La mente política del ministerio Salamanca y el que realzó con las galas de su elegante estilo aquellas generosas resoluciones fué don Patricio de la Escosura, ministro de la Gobernacion. Estas y otras medidas no bastaron á ganar por completo para el ministerio la voluntad de los progresistas, pero acabaron de hacerle perder todo crédito en el ánimo de los conservadores, los cuales se dieron tal maña que en pocos dias lograron que el ministerio Salamanca quedase en el concepto de la Reina totalmente perdido. Cuando menos se lo temian, estando los ministros en Consejo, entró Narvaez á anunciarles que estaban exonerados. Esta violenta determinacion enojó no poco á algunos de los ministros, sobre todo á García Goyena, que lo era de Gracia y Justicia, anciano y probado magistrado que solo aceptó el puesto á fuerza de ruegos y porque le dijeron que prestaba con ello un gran servicio á la patria. Escosura se enojó tambien, y como mostrase su enojo con mas ardor y brio, Narvaez dijo á él y á sus compañeros que dimitiesen y que se les aceptarian las dimisiones, retirándose los decretos de exoneracion. De esta suerte se abrió de nuevo paso al poder el general Narvaez; pero es tan curioso y pinta con tal viveza aquella época lo que se sabe ó lo que se columbra del camino por donde llevó Narvaez al ministerio Salamanca á término tan desastrado, que importa decir aquí alguna cosa, aunque sea en resumen.

Lo peor que tuvo el ministerio Salamanca fué no representar ningun partido, ninguna séria aspiracion política, sino ser el triunfo de la travesura chistosa, de la gracia y del desenfado. Es verdad que Salamanca no tuvo tiempo para realizar sus grandes planes. ¿Esta falta de tiempo fué una desgracia ó fué una fortuna para su gloria? ¿La sospecha que abrigan casi todos de que Salamanca no tenia plan alguno que realizar se hubiera trocado en plena certidumbre si hubiera durado aquel ministerio?

En lo que no cabe duda es en que Salamanca estaba lleno de buenos deseos y de cierta delicada modestia, muy propia de un hombre de mundo. Así es que siendo, como era, el alma del ministerio, no aspiró á la presidencia, de la cual se encargó el señor García Goyena. Trató además de rodearse de personas por todo estilo respetables. Para el ministerio de Estado solicitó con empeño al duque de Frias, valiéndose para atraerle de don Ventura de la Vega, tan íntimo y cofrade del duque por lo poeta; pero el duque no aceptó nunca la cartera que se le ofrecia, y Salamanca hubo de contentarse con que fuese ministro de Estado don Modesto Cortazar.

Hemos dicho que Salamanca ni debía tener plan distinto, claro y completo de gobierno, ni doctrina alguna política que poner en práctica, y en cuyo nombre dirigir los destinos de una nacion; pero puede presumirse que, á pesar de los escasos medios y corta nombradía política con que contaban él y sus

compañeros, tenian la vaga aspiracion, no de formar una fraccioncilla como la de los puritanos, sino de crear un gran partido, término medio entre los dos antiguos y tan enconados entre sí de progresistas y conservadores. El instinto, cuando no la reflexion, ha inspirado sucesivamente á muchos este deseo, que solo pudo lograrse al cabo merced á la importancia del general don Leopoldo O'Donnell, dando ser, cohesion, actividad y larga vida, á la Union liberal. Los que antes de él intentaron algo semejante se estrellaron contra los obstáculos sin vencerlos. De aquí que Salamanca, si bien en ocasiones se ganaba la voluntad de los corifeos de uno y otro partido, halagándolos con esperanzas, no bien estas esperanzas se desvanecian un poco ó se alejaban al menos, el afecto y la benevolencia se convertian en odio acérrimo y en insultos procaes.

Bulwer, entre tanto, excitado por su jefe lord Palmerston, que tal vez ni él mismo sabia lo que queria, no paraba de intrigar y de urdir toda clase de enredos. Se cuenta que una vez acudió á Escosura, delatando á Narvaez como jefe de una conjuracion de los moderados, quienes habian dispuesto robar á la Reina cierta noche, cuando estuviera en el teatro del Circo y llevársela no se sabe dónde. Escosura tuvo el buen tino de no hacer caso de la delacion ni del consejo que Bulwer le daba de arrojar de Madrid á Narvaez.

El propósito inmediato que Bulwer y lord Palmerston tenian con todo esto, repetimos que no se concibe, ó por harto confuso ó porque se quiebra de puro sutil. Fino zahorí diplomático ha de ser quien de veras le entienda y le explique. Hubo un momento en que parece que desearon se formara un ministerio presidido por el general Serrano; pero ¿por qué lo deseaban cuando Bulwer no se forjaba ilusiones respecto al general y sabia que no habia de hallar en él un instrumento dócil de la política inglesa? Hay quien sostiene que lo deseaban á fin de que Espartero, de quien se decia que no queria venir á España siendo Serrano una poderosa influencia extra-oficial, viniese cuando Serrano fuera el jefe reconocido y autorizado de un poder legítimo. Se decia además que Palmerston y Bulwer esperaban que Serrano se desacreditase y se gastase pronto en el poder, allanando el camino para el advenimiento de los progresistas.

Si de algun modo hemos de explicar la caida de Salamanca y el nuevo encubramiento de Narvaez, ha de ser por medio de una hipótesis verosímil, suponiendo en los principales personajes del drama político de entonces móviles y pensamientos de cuya existencia no podemos dar entera prueba.

Quizás el general Serrano, á quien debia su triunfo Salamanca, se habia cansado ya de este en cierto modo ahijado suyo, y repugnaba además que tomasen el mando los progresistas, que reconocerian por jefe á Espartero, el cual era su enemigo, y le desatenderia si es que no llegaba á perseguirle. El general Serrano además pudo tener, y tuvo de cierto, motivos pura y desinteresadamente políticos para inclinarse del lado de Narvaez y de los conservadores. Algo habia de sentir ya de una gran revolucion que se preparaba en toda Europa. Conveniente era que en España hubiese un gobierno fuerte para que, al estallar la revolucion, pudiese contraponerse á ella. Las pesadas intrigas y las extravagantes veleidades de Palmerston y de Bulwer tambien debian de tener harto al general Serrano, cuyo amor á la patria no se ha desmentido nunca: intrigas y veleidades además de tal naturaleza que no era menester gran patriotismo para que enojasen: bastaba un poco de amor propio para resentirse contra un gobierno extraño que, ya protegiendo á los progresistas, ya á Montemolin y á sus parciales, no parecia sino que su único intento era hacer de nuestra nacion un juguete de irracionales caprichos.

Hallándose el general Serrano en tal disposicion de ánimo, Narvaez, que pocos dias antes habia dicho que no seria presidente del Consejo como no le dieran carta blanca para fusilar á Serrano, se allanó á emplear con él la lisonja, y á prodigarle las mayores muestras de su afecto, y se consagró á ganar su amistosa confianza, así como la de sus dos amigos los generales Ros de Olano y Córdova, ministros ambos del gabinete Salamanca-Goyena.

Esta súbita resurreccion de la amistad de Narvaez por Serrano hizo que los conservadores puros murmurasen bastante contra Narvaez. Pidal, mas franco y entero que los otros, echó en cara á Narvaez su inconsecuencia; pero Narvaez explicó sus planes, y Pidal, á pesar de su severidad, hubo de conformarse con ellos.

De esta suerte, en vez de fusilar á Serrano, Narvaez se valió de él y le lisonjeó para que fuese parte muy principal en que volviesen los moderados al poder y en que el propio general Narvaez subiese por segunda vez á la presidencia del Consejo.

Creemos que es una sospecha que peca de aguda la de aquellos que creen que Salamanca, lo mismo que Córdova y que Ros de Olano, no solo estaba en el secreto de su propia caida, sino que habia conspirado para que se lograra, aparentando resistir, á fin de no enojar á sus temporales aliados los progresistas. Aducen como testimonio de esto la tranquilidad apacible y la indiferente y desdenosa frescura con que recibió Salamanca la nueva de la exoneracion, mientras que Escosura y García Goyena se mostraban tan ofendidos; pero, en nuestro sentir, si bien pudo darse el que Salamanca sospechara el golpe, porque es muy perspicaz, no creemos que su equanimidad llegase hasta el punto de cooperar á que se le diesen; y si le recibió con calma, su carácter alegre y su espíritu, que en todo pone algo de chistoso, bastan á explicarlo. A Salamanca, que debe creer poco en la consecuencia de los afectos y en la insistencia en las ideas de la generalidad de los seres humanos, tal vez no le hubiera cogido de susto, aunque sin duda le hubiera desagradado, no ya que le exoneraran de repente, sino que además le hubieran impuesto alguna pena.

Sobre los ya mencionados factores, hubo otro poderoso en el nuevo encubramiento de Narvaez. En algo era menester que la diplomacia se entretuviese. Y ya que Bulwer habia trabajado tanto en favor de los progresistas, Francia y su embajador no quisieron ser menos, y trabajaron en favor de los conservadores.

Algo hubo de intervenir Luis Felipe para que volviese á España, como volvió, la reina madre María Cristina.

Narvaez habia conseguido de antemano, auxiliado por monseñor Brunelli, legado de Su Santidad, la mas completa y tierna reconciliacion de los régios esposos, hasta allí tan desavenidos. Todo se disponia para el partido conservador de la manera mas suave, feliz y amorosa. Dijérase que hasta el cielo le sonreía.

El general Serrano salió de la corte y se fué de capitán general á Granada.

Por lo que de todo se puede traslucir, dicho general se habia conducido patriótica y desinteresadamente, contribuyendo á dar el poder á los conservadores sin provecho para él y abandonando hasta con gusto su peligrosa privanza; pero no le valió esto para que los progresistas, que tanto le adulaban cuando creian llegar al mando por su intercesion, se desatasen en injurias contra él al verle caido y al ver en el mando á los conservadores, desmandándose hasta llamarle, con injuria, que por lo grotesca é infundada mas debia provocar su risa que su cólera, *Judas de Arjonilla*.

Narvaez formó el nuevo gabinete, dejando con sus carteras á Córdova y á Ros de Olano, que habian sido ministros con Salamanca, y que tal vez habian contribuido á que cayese, y nombrando para Gracia y Justicia á don Lorenzo Arrazola, para Hacienda á don Francisco de Paula Orlando, y para Gobernacion á don Luis José Sartorius. Este gabinete sufrió varias modificaciones á poco de constituirse. Ros de Olano y Córdova salieron de él en noviembre. El duque de Sotomayor se encargó de la cartera de Estado. Con motivo ó pretexto de enfermedad, Orlando dejó la de Hacienda, y Beltran de Lis, que fué primero ministro de Marina, pasó á Hacienda en vez de Orlando. Don Juan Bravo Murillo fué ministro de Fomento. Y Narvaez, que durante algun tiempo se encargó de la cartera de Guerra, se la encomendó al cabo al general Figueras, y volvió á ser presidente sin cartera alguna. Tal fué la forma definitiva en que persistió hasta su fin este segundo ministerio Narvaez.

El nuevo é importante personaje con que contaba era don

Luis José Sartorius, sujeto de actividad y despejo no comunes, de grande ambicion, y sin mucha consistencia ni firmeza en determinadas opiniones políticas, pero sí en el carácter para perseverar siempre en el mismo camino y no aparecer ligero y veleidoso. Poseia Sartorius los vagos y superficiales conocimientos que un estudiante, alegre y mas amigo de galanteos y de diversiones que de revolver libros, podia adquirir entonces en una universidad de España donde nunca han sido severos los exámenes. Otras artes y ciencias mas útiles para encubrirse, gobernar á los hombres y ganar voluntades, habia aprendido, no en las aulas, sino en el trato del mundo, teniendo por maestras á la necesidad y á la ambicion y por luz y guia un instinto atinado para lisonjear y complacer á los superiores sin humillarse ante ellos y para someter á su mandado á los iguales sin humillarlos tampoco sino atándolos con el lazo de los buenos tratos y de los beneficios. No basta para hacer bien este papel la reflexiva determinacion de la voluntad, sino que se requieren cierta bondad de corazon y cierta grandeza de ánimo. En quien no existen tales prendas, toda muestra de benignidad y todo arranque generoso parecen falsos y afectados. En Sartorius, en quien siempre parecian naturales, dichas prendas existian, las cuales daban además á su ambicion muy simpático carácter, porque era menos de poder y de riqueza que de hacer cosas grandes y útiles en bien de la patria á fin de merecer el aplauso de los contemporáneos y en los tiempos venideros ilustre nombradía. Evidente es, con todo esto, que Sartorius ni podia ser contado como un gran político, ni como un sabio profundo, ni como un orador muy elocuente, ni como un escritor de mérito extraordinario, ni como persona, que impulsada por entusiasmos y creencias fijas adquiere merced á ellas singulares energías y virtudes; pero, con no ser nada de esto, no se puede decir que fuese vulgar. La fortuna, aunque favorece á unos hombres y desdena á otros, no suele ser tan ciega y caprichosa, como á veces se imagina, en conceder sus favores. Sartorius llegó á obtenerlos hasta el punto de subir á la silla ministerial de Gobernacion desde el humilde puesto de gacettillero en la redaccion de un periódico, y hasta el punto de reunir bajo sus órdenes una fraccion tan poderosa que casi vino á ser partido dentro del partido moderado; y aunque esta fraccion fuese calificada con el extraño epíteto de *polaco*, y aunque se diese á este epíteto, con el andar del tiempo, un significado denigrante, no se ha de negar que hubo entre los *polacos*, á mas de muchos hombres listos y traviesos, no pocos de elevado entendimiento, sano juicio y rectas intenciones. Por lo demás, cuando se sigue un partido de estos que llaman medios, es mucho mas difícil que en los partidos extremos mostrar cualidades brillantes de aquellas que seducen y deslumbran á la muchedumbre y la mueven á considerar como grandes hombres á los que las muestran ó en apariencia las tienen.

Antes de referir los actos del ministerio Narvaez, conviene volver la vista atrás para hacernos cargo de muy importantes sucesos, ocurridos antes y que no hemos referido por no involucrar los asuntos.

Durante la dominacion de los puritanos, esto es, mientras fué Pacheco presidente del Consejo de ministros, se presentó una ocasion que Pacheco supo aprovechar para dar alguna importancia y aun cierta gloria á España. Es mas; como lo que se hizo no podia ser completamente del agrado del gobierno inglés, el cual se vió forzado á consentir en ello contra su gusto, no solo hay que aplaudir en esto la habilidad diplomática del señor Pacheco y de sus agentes, sino que hay que ver una prueba de que aquel ministerio, cuyos contrarios suponian que estaba patrocinado por Mr. Bulwer, ministro de la Gran Bretaña, se sustraia al influjo de la política inglesa, y, hasta donde lo consentian la prudencia y nuestro corto poder, obraba en contra de ella.

El vecino reino de Portugal habia venido á caer en la mas completa anarquía. Un gran partido sublevado negaba la obediencia al gobierno de doña María de la Gloria. El centro de la sublevacion estaba en la rica, comercial é importante ciudad de Oporto. El partido miguelista, al ver á los liberales tan divididos en bandos, todo el país en guerra y tan sin